

ANTONIO ARGÜELLES

DOS POEMAS

USOS DE UNA BATALLA

Usarás en la batalla el acero oculto
en el más recóndito meñique,
no puede ser de otro modo.
Has de invertir en ella la estrategia
de la salivación, la balística salada
de ese dulce apetito.
Un lento hilo de diversos humores
marcará la zona de las hostilidades,
y no habrá jurado que investigue o comité
la humanidad de las armas, su arranque
defoliador o ácidos lanzados de los ojos.
Porque habrá asecho, solicitud y empine
de garfios con la lengua, flancos pendientes
de flagelación, o un dedo
que se fuga al espejo más soleado.
O un camuflaje reservado para el último avance
en terreno inseguro,
con el equipo anfíbio eficaz en zona
de dolor o placentera.
Te desconoceré entonces. Te sabrás vencedora
al hincar en mi nuca el banderín
airoso de tus recuperaciones.
Surgirás luego del desastre
saboreando la claudicación de mi mirada,
meneando la flora de papel
de súbito nacida entre tus ingles.

UNA DESESPERADA

Yace en mi cama una desesperada
amarilla, una rana humillada, una piel
dejada ahí, sin brazo,
¿dónde está su brazo?
Sólo una sombra de brazo, un hilo
bajo el que vive la arruga de mi cama
azul, su raro maderamen.
Tumba más bien que cama, que navega
bajo la pálida bombilla. Una desesperada
bocabajo, la lágrima líquida
sus aplastes. Cuajada desde los talones,
lágrima tibia como mameo
sobrepuesto, como hilo que oprime
su cintura sometida
a eventuales manazas verdugas
con la palma en la eme de la muerte.
Desesperada es un cadáver: es un sometimiento
frente al espejo opaco, olor a cebollín
y ajuar de baratillo. Sólo la sábana
acuarela, el colchón circense, la duela
que pudo navegar y no, la tierra
que pudo generar y no, entre resaca
y cuero mojado, la gelatina blanca del deseo,
sólo ella ahogada por la furia
que sabe quién concatenó contra ella.

